

JOAQUIN BARCELO

Profesor de la Universidad de Chile

## La descendencia de los epicúreos

(Dante: *Infierno X*)

Estamos en el círculo sexto del Infierno, donde las almas de los herejes yacen en sepulcros rodeados de fuego. Virgilio conduce a Dante *per un secreto calle, tra'l muro della terra e li martiri*, donde se encuentran Epicuro y todos sus secuaces *che l'anima col corpo morta fanno*, es decir, los que afirman que el alma humana, como el cuerpo, es mortal. La técnica dantesca del contrapaso (1) se pone aquí en agudo relieve con respecto a esta forma particular de herejía: aquellos que negaron la inmortalidad del alma, los que no creyeron en la vida más allá de este mundo y consideraron que la existencia humana acaba toda ella en la tum-

(1) El contrapaso, vulgarmente conocido como "ley del talión", consiste en la norma según la cual la pena debe adecuarse con exacta proporción a la culpa. Como problema, fue discutido primero por Aristóteles en la *Ética Nicomaquea*, V, cap. 5 y retomado luego por la escolástica. Tomás de Aquino escribe en la *Summa theol.*, II, IIae, 61, 4: *Iudicium enim divinum est simpliciter iustum. Sed haec est forma divini iudicii, ut secundum quod aliquis fecit, patiatur: secundum illud Matth. 7: "In quo iudicaveritis, iudicabimini: et in qua mensura mensi fueritis, remetietur vobis". Ergo iustum est simpliciter idem quod contrapassum... Illa forma divini iudicii attenditur secundum rationem commutativae iustitiae: prout scilicet recompensat praemia meritis et supplicia peccatis.* ("El juicio divino es justo por sí mismo. Pero la forma del juicio divino consiste en que uno padezca según lo que hizo, según se lee en Matth. 7, 2: "Con el juicio con que juzgaréis seréis juzgados y con la medida con que midiéreis se os medirá". Por consiguiente, lo justo es en sí lo mismo que el contrapaso... Dicha forma del juicio divino se aplica en razón de la justicia conmutativa, a saber, en la medida en que recompensa los méritos con premios y los pecados con suplicios"). En Dante, el contrapaso se entiende no tanto como una proporción cuantitativa, sino más bien como una correspondencia cualitativa entre el pecado y la forma del castigo.

ba, yacerán eternamente en sepulcros, cumpliendo en esta forma el destino que ellos mismos, durante su vida terrena, escogieron para sí.

En esta verdadera ciudad de los muertos coloca Dante un doble encuentro con dos significativas figuras: Farinata degli Uberti, el noble capitán gibelino que, según el testimonio de Benvenuto da Imola, "procuraba sobresalir por todos los medios en esta breve vida", que solo, oponiéndose a todos sus aliados, defendió a Florencia *a viso aperto* en el encuentro de Empoli y que conserva todavía en el otro mundo su altiva y arrogante apostura *com'avesse l'inferno in gran dispetto*; y Cavalcante Cavalcanti, a quien Boccaccio caracteriza como *leggiadro e rico cavaliere* y que fue el padre de Guido, el gran poeta del *dolce stil novo* y *primo amico* de Dante. Ambos expían en este lugar una misma culpa: la negación de la inmortalidad del alma. Farinata se ha levantado de su tumba al oír el familiar dialecto toscano con que Dante habla a Virgilio y que lo traiciona *di quella nobil patria natio*; quiere tener noticias de Florencia y de los suyos, y por esta razón detiene al poeta. Cavalcante, en cambio, se incorpora después de haber escuchado la respuesta que da Dante a la pregunta de Farinata por sus antepasados; ha comprendido que se trata del amigo íntimo de Guido y quiere saber de su hijo (2). La

(2) M. Barbi (*Il canto di Farinata*, en *Dante. Vita, Opere e Fortuna*, Firenze 1952, pág. 263, nota) afirma que Cavalcante interrumpe el diálogo del poeta con Farinata,

curiosidad de ambos está condicionada por la explicación que dará más adelante Farinata sobre el saber de los condenados en lo concerniente al mundo de los vivos. Ellos conocen el futuro lejano, pero no el futuro inmediato ni el presente, de manera que cuando *del futuro fia chiusa la porta*, cuando llegue a su fin el mundo del tiempo y reine el invariable presente de la eternidad, su conocimiento quedará completamente muerto. Nuevo aspecto del arte dantesca, que se pone en relieve precisamente junto a estos condenados. No es una casualidad que el problema del saber de los condenados se plantee justamente en el círculo de los herejes. En vida, ellos pretendieron saber más y mejor que quienes fijaron el dogma. Después de la muerte, se encuentran en posesión de una suerte de "saber invertido", de una grotesca parodia de ciencia (humana) en que lo más cognoscible, lo presente, escapa a su aprehensión, en tanto que ven con

claridad aquello que es en sí lo más difícil de conocer, como es el futuro lejano; hasta que, por último, su saber se muestre como lo que verdaderamente es, como una pura nada, el mero no-saber.

Cavalcante ha interrumpido el diálogo entre Dante y Farinata en el momento en que, después de haber declarado el poeta su linaje y de haber observado altivamente el príncipe gibelino que por razones políticas exiló dos veces de su patria a la familia de los Alighieri, responde Dante que sus mayores supieron regresar las dos veces a Florencia, en tanto que los Uberti *non appreser ben quell'arte*, no aprendieron bien el arte del retorno. Cavalcante interrumpe el diálogo sin el menor asomo de aquella *cortesía* que es tan habitual a las nobles figuras del infierno dantesco; su brusca y descomedida intrusión se debe a que él sólo quiere saber de su hijo; sólo esto le preocupa, ninguna otra cosa le interesa. *Mio figlio ov'è? perché non è ei tecco? Y cuando Dante le dirige aquella famosa respuesta alrededor de la cual tanto se ha disputado en lo que respecta al objeto del *disdegno* de Guido, el padre, en una actitud del todo diferente a la de los críticos, sólo repara en la palabra *ebbe*:*

*Di subito drizzato gridò: "Come  
dicesti? elli ebbe? non viv'elli ancora?  
non fiere li occhi suoi il dolce lume?"*

*Quando s'accorse d'alcuna dimora  
ch'io faceva dinanzi alla risposta,  
supin ricadde e più non parve fora (3).*

*Di subito drizzato gridò.* En estas cuatro palabras ha condensado Dante en forma magistral la intensidad de la escena: la rapidez y la inespectabilidad de la acción; la tensión de la sombra que repentinamente se alza; el grito punzante del padre dolorido, que debió encontrar múltiples ecos, en medio del solitario paisaje de las tumbas, en los lamen-

no porque haya reconocido en Dante al amigo de Guido, sino por tratarse de un vivo cualquiera que puede traerle noticias de la suerte corrida por su hijo. Apoya su afirmación en el hecho de que Dante no conoció a Guido antes del año 1283 y que Cavalcante ya había muerto en 1281. Esta afirmación parece, con todo, difícilmente sostenible si atendemos al texto. Los condenados que yacen en los sepulcros escuchan las palabras que intercambian Dante y Virgilio, y así se levanta Farinata al oír hablar toscano. Esta no fue razón, sin embargo, para que se incorporara Cavalcante, que no hace su aparición hasta después que el poeta se ha declarado miembro de la familia de los Alighieri. La afirmación de Barbi no permite tampoco explicar las palabras que dirige a Dante el padre de Guido: *Se per questo cieco / carcere vai per altezza d'ingegno, / mio figlio ov'è? perché non è ei tecco* ("Si recorres esta ciega cárcel por la altura de tu ingenio, mi hijo, ¿dónde está? ¿Por qué no está contigo?"). Estas palabras significan: si como poeta eres capaz de hacer la experiencia de los suplicios del infierno, ¿por qué mi hijo, también poeta, no te acompaña en esta experiencia? Ahora bien, si Cavalcante no supiera ya que se trata de Dante y no estuviera informado de quién es éste, ¿por qué se refiere a su *altezza d'ingegno*? Aún más; es posible también que en las palabras del condenado se esconda una alusión a la profunda amistad existente entre Dante y Guido, que le hace difícil comprender cómo éste no ha acompañado a su íntimo amigo precisamente en ésta, la más fundamental de las aventuras poéticas. Por otra parte, a Dante no le cabe duda alguna sobre la identidad del personaje que le ha dirigido la palabra, ya que *le sue parole e'l modo de la pena m'avean di costui già letto il nome*. Es evidente que el poeta no conocía a Cavalcante sino por lo mucho que habría oído hablar de él, lo que le permite adivinar quién es; Cavalcante, por su parte, tiene que haber estado informado ya de alguna manera de quién es el poeta florentino amigo de su hijo.

(3) vv. 67-72. "Incorporado de súbito, gritó: "¿Cómo dijiste? ¿Tuvo? ¿No vive aún? ¿No hiera la dulce luz sus ojos?" Cuando observó alguna demora mía frente a la respuesta, cayó de espaldas y ya no volvió a aparecer".

tos de los otros condenados. Con cuatro exclamaciones que expresan simultáneamente la sorpresa, la perplejidad, la duda, el dolor, pregunta Cavalcante, pregunta tan sólo, si acaso su hijo ya no vive. Y al observar la demora en la respuesta, *supin ricadde e più non parve fora*. Es una escena de dolor mudo cuyo *pathos* no necesita ser puesto en relieve por comentarios o explicaciones. Cavalcante ha comprendido y ya no necesita aguardar la respuesta; pero —y aquí surge de nuevo esa terrible desesperanza que se infiltra por todos los rincones del infierno— Cavalcante ha comprendido mal. Porque su hijo Guido no ha muerto, como él cree, sino que vive aún (4), y el silencio de Dante se debía a la perplejidad que le produce ver en estos condenados tanta ignorancia respecto de las cosas más evidentes y tanta clarividencia acerca de aquéllas que son las más difíciles de conocer.

Continúa luego el diálogo entre Farinata y Dante; continúa en el mismo punto en que fue interrumpido, cuando el poeta ha hecho alusión a aquel arte del retorno a la ciudad natal que los descendientes del noble gibelino no aprendieron bien; a lo que sigue la respuesta de Farinata:

*"S'elli han quell'arte" disse "male appresa, ciò mi tormenta più che questo letto" (5).*

No se trata aquí de una simple figura retórica. Es necesario tomar en serio las palabras de Farinata y creer que él realmente dice lo que quiere decir. El destino adverso de sus descendientes le atormenta más que este lecho, el sepulcro, en que yace condenado a expiar su culpa por la eternidad. No es ésta tampoco aquella actitud desdeñosa que le hace aparecer como si tuviese al infierno en

gran desprecio, actitud que no tiene, en último término, más valor que el de un rasgo psicológico, sino que hay aquí más bien un hecho de carácter trascendente que incide en forma profunda en el castigo del pecador. A la pena que este condenado debe padecer en el infierno pertenece también el sufrimiento provocado por la suerte que han corrido sus descendientes. El destino de su familia es el motivo fundamental que inquieta a Farinata y el que le mueve a preguntar a continuación: *Perché quel popolo è sì empio incontr'a miei in ciascuna sua legge?* ("¿Por qué aquel pueblo es tan despiadado contra los míos en cada una de sus leyes?").

Ahora, nótese que esta pregunta del noble florentino, que será como su denuncia de la injusticia reinante en la ciudad de los hombres —ya que no fue él solo quien combatió a los florentinos en Montaperti, ni tampoco "sin razón", en tanto que fue él solo quien defendió a Florencia en Empoli— esta pregunta va precedida de una suerte de conjuro: *E se tu mai nel dolce mondo regge* ("Así puedas tú regresar alguna vez al dulce mundo"). Conjuro que obliga al poeta a dar cumplida respuesta al gibelino, ya que toca precisamente a aquello que es para él en este momento y siempre lo más importante. Para Dante, el retorno al "dulce mundo" es justamente aquello de que se trata en forma decisiva; porque toda esta peregrinación a través de los reinos de ultratumba, esta experiencia de la desesperada amargura del infierno, de la dulzura del purgatorio y de la luminosidad y gloria del paraíso, sólo tiene su razón de ser en que para Dante se abra la posibilidad de dar cumplimiento a su salida de la selva oscura y a su ascensión del *diletto monte*, como se lo ha indicado Virgilio al comienzo del poema; en otras palabras, para que pueda, en vida, salvar su alma en peligro, lo que, para un cristiano, es la tarea suprema y la única que verdaderamente vale la pena intentar. Ahora bien, cuando el poeta a su vez plantea a Farinata su pregunta, pidiéndole que

(4) La crítica ha podido establecer que el viaje de Dante por los reinos ultramundanos se inició idealmente el 25 de marzo o el 8 de abril de 1300 y que no duró más de siete días. Guido Cavalcanti, en cambio, murió sólo en agosto de aquel año. El hecho de que Guido vivía aún en el momento en que se coloca la escena está atestiguado por el mismo Dante en los vv. 109-114 de este canto.

(5) vv. 77-78. "Si han aprendido mal, dijo, aquel arte, ello me atormenta más que este lecho".

resuelva su duda sobre el conocimiento de los condenados, le antepone un conjuro que establece una evidente simetría con el que precede a la pregunta de su interlocutor. Este conjuro, que engendra un paralelismo formal en el diálogo, deberá referirse también por su contenido, y para mantener el paralelismo, a aquello que para el príncipe gibelino es lo fundamental; y lo que Dante dice es: *Deh, se riposi mai vostra semenza* ("¡Ah! Así pueda reposar alguna vez vuestra simiente").

No sólo confiesa abiertamente Farinata que su mayor tormento es la suerte corrida por sus descendientes, sino que también el conjuro por medio del cual Dante le fuerza a dar una disertación sobre un tema que el condenado nunca habría llegado a tratar naturalmente, hace alusión asimismo al reposo de su descendencia. Se nos hace evidente así una nueva similitud entre Farinata y Cavalcante. Ambos sufren la misma pena expiando una misma culpa, y para ambos es el cuidado más fuerte el destino de sus respectivas familias; para Cavalcante parece ser éste aún el único cuidado. El tormento de ambos condenados es la suerte de los suyos (con el agravante de que se encuentran en la ignorancia sobre su estado presente, en esa angustiada inquietud del ansia insatisfecha de noticias) y la pena que ellos sufren en el infierno es el destino adverso de sus descendientes. Farinata es informado por Dante de que los suyos no han logrado regresar a Florencia y continúan sometidos al afrentoso exilio; Cavalcante interpreta erróneamente el silencio del poeta como la confirmación de su sospecha de la muerte de su hijo (6). ¿Puede ser todo ello una simple casualidad literaria?

(6) Después que Farinata ha explicado a Dante el misterio del conocimiento de los condenados, el poeta piensa en el error en que ha inducido involuntariamente al padre de su amigo y quiere remediar su falta: *Allor, come di mia colpa compunto, / dissi: "Or direte dunque a quel caduto / che'l suo nato è co'vivi ancor congiunto; / e s'i' fui, dianzi, a la risposta muto, / fate i saper che'l feci che pensava / già nell'error che m'avete soluto"* ("Entonces, como arrepentido de mi culpa, dije: Diréis, pues, a

Es posible pensar que el tormento que engendra en los condenados por epicureísmo la suerte adversa de sus descendientes sea un nuevo aspecto de la técnica del contrapaso. Estos herejes negaron en vida la inmortalidad del alma; pero ésta no es la única forma de inmortalidad que se ofrece al ser humano. Hay también otra, común a todos los seres vivos, consistente en la supervivencia genérica. Mediante la procreación, los vivientes se aseguran una supervivencia que es más o menos específica según el grado de individualización alcanzado por los seres que se reproducen. Así, para las plantas y los animales no existe sino la mantención de la especie; para los hombres, en cambio, existe la posibilidad de la supervivencia del linaje, de su descendencia. La realidad metafísica de esta distinción se expresa en el lenguaje, que concede un mismo nombre a todos los individuos pertenecientes a una familia humana. El concepto del linaje, de la familia, no se aplica, sin embargo, entre los restantes seres vivos. Naturalmente, el grado más alto de supervivencia está representado por la inmortalidad individual del alma; pero a éste sigue el de la supervivencia del nombre, que viene a ser como una "inmortalidad natural", en oposición a la sobrenatural del alma, y que no es sino un caso particular de la inmortalidad de la especie propia de todos los vivientes.

La técnica del contrapaso exigiría, enton-

aquel caído, que su hijo está aún en unión con los vivos, y que si antes enmudecí en lugar de responder, hacedle saber que lo hice porque ya pensaba en la duda que me habéis resuelto"). Pero si a la pena que sufren los condenados en este círculo del infierno pertenece el dolerse por el adverso destino de sus descendientes, es de rigor que Farinata nunca haya transmitido a Cavalcante este consolador mensaje. ¿Por qué, pues, le hace Dante este ruego? Es posible suponer varias razones. En primer lugar, es una manera de no inducir al lector en el mismo error en que fue inducido Cavalcante, respetándose así la exactitud que caracteriza a todo el relato. En segundo término, introduce aquí Dante ese elemento de piedad humana que surge en él naturalmente ante la contemplación de los suplicios ajenos y que va desapareciendo poco a poco a medida que se va adentrando en el infierno y se va conformando más con la sabiduría de la justicia divina. Por último, puede ser también uno de esos encantadores rasgos de ingenuidad que el poeta describe en sí mismo y que son tan abundantes en la *Divina Comedia*.

ces, que la pena de los epicúreos consista en el cuidado y la mortificación por la supervivencia de su linaje encarnado en sus descendientes, ya que ellos rehusaron libremente aceptar la realidad de la inmortalidad del alma, que es la forma de supervivencia propia y exclusiva del ser humano. Habiendo negado la inmortalidad individual suprema, ellos quieren afirmar ahora, en el otro mundo, la supervivencia de sus familias y de su nombre, pero la posibilidad de esta afirmación les será negada por la inexorable ley de negación que es constitutiva del mal y que, por consiguiente, rige en el infierno. Cavalcante cree que su hijo ha muerto y Farinata se duele porque sus descendientes no pueden ocupar en su patria, Florencia, el lugar que les corresponde y ostentar con orgullo el nombre de los Uberti allí donde éste merece ser respetado.

Es cierto, con todo, que esta relación establecida entre la inmortalidad individual del alma y la supervivencia colectiva de la especie —y en el caso especial del ser humano, del linaje— podría parecer artificiosa y carente de fundamento. En efecto, no habría ninguna razón para pensar que Dante hubiera tenido presente esta asociación de ideas al tratar de la pena impuesta a los epicúreos, si no fuera porque poseemos un texto, conocido por el poeta, en el que esta vinculación está expresamente afirmada. De hecho, Dante pudo leer en el *De Anima* de Aristóteles el siguiente pasaje: *Naturalissimum enim operum viventibus... facere alterum quale ipsum; animal quidem animal, plantam autem plantam, quatenus ipso sem-*

*per, et divino esse et immortalis participent, secundum quod possunt* (7).

En este pasaje de Aristóteles, que no es, por otra parte, sino una cita libre de Platón (8), se establece, pues, que la función vital de la procreación hace participar a los seres vivos, en una cierta medida, de la inmortalidad, entendida ésta aquí no ya como supervivencia individual sino como conservación de la especie. La supervivencia de la especie, que proviene del ejercicio de la procreación, constituye así una inmortalidad natural o física, en oposición a aquella metafísica del alma individual, que es afirmada por el dogma o demostrada mediante sutiles argumentos por la filosofía. Para quienes niegan la inmortalidad del alma, la única forma de inmortalidad que permanece en pie es la supervivencia natural de la especie; y en el caso de seres fuertemente individualizados, como son los seres humanos, el concepto de supervivencia de la especie es sustituido por el de supervivencia del linaje, es decir, de la especie determinada y reducida de acuerdo con la alta individualización del hombre. Por este motivo, los epicúreos del infierno dantesco se aferran, por así decirlo, desesperadamente a esta forma de inmortalidad que aún les resta, la de su descendencia, la de su nombre.

(7) Aristot., *De An.*, II, 4, 415 a 26 sqq.: "La más natural de las acciones de los seres vivos... es hacer otros como ellos: el animal un animal, la planta una planta, de manera que así participen siempre del mismo y, en la medida de lo posible, del ser divino e inmortal". Citamos de la *versio antiqua* de Moerbeke y no, por cierto, del texto griego, que Dante no conoció. Cfr., además, Thomas Aq., *In Aristot., libr. de An. Comment.*, II, lect. 7, 314.

(8) Platón, *Symp.*, 206 e; cfr. también *Legg.*, 721 b.